

El Indígena

Director: EUSEBIO VASCO

Año II.

Valdepeñas 26 de Marzo de 1923.

Núm. 17.

A la Virgen en la pasión de su amantísimo Hijo

Huye del cielo la luz,
Oigo una triste agonía,
Y te veo, Virgen mía,
Llorar al pie de una cruz:
¿Quién muere en ella, que así
Tu bello rostro se altera?
¡Ojalá que yo pudiera
Sufrir tu dolor por tí!

¡Supremo instante de horror
Que infame crimen argüye!
«O el Universo concluye
O padece su Hacedor.»

Si, padece, y es tu Hijo,
Madre de tiernos amores,
Por eso son tus dolores
Y tu tormento prolijo.

Y por eso en tu quebranto
Lágrimas bañan tu rostro
Delante del cual me postro
Para recoger el llanto.

Que yo no puedo mirar
Con indiferencia impía
Tus dolores, Madre mía,
Que me hacen también llorar

II

Por ingrata muchedumbre
Mofado y escarnecido,
Marcha Jesús abatido
Del Gólgota hacia la cumbre.

Y con infernal delirio
Sigue el populacho inmundo
Al ser que redime al mundo
Con su sangre y su martirio.

Le escupe, hiere y provoca,
Pues lleva la turba inmensa
En cada mano una ofensa,
Y un insulto en cada boca.

Una corona erizada
De espinas, ciñe la frente
De la víctima inocente
Por amor sacrificada.

¿Y su Madre? El aire y luz
Le faltan, al ver deicidas,
Escarnio, sangre, caídas,
Corona, espinas y cruz;

Si un mar de llanto se hiciera,
En valor no igualaría
Al que derramó María
En tan lúgubre carrera.

III

Suena la hora falta,
Espira el hijo de Dios,
De su muerte llega en pos
El espanto universal:

Los elementos se agitan,
Brama el mar, el viento zumba,
Y los muertos en la tumba
Se estremecen y palpitan.

Las fieras de asombro rugen,
La humana especie se aterra,
Y los polos de la Tierra
Se paralizan y crujen.

¡Dolor inmenso profundo!
Del templo se rasga el velo,
Llora la Reina del cielo,

Historia de Valdepeñas

CONFERENCIA

POR

EUSEBIO VASCO

(Continuación)

paña (1). Hoy la Historia se escribe de otra manera; está separada de la novela; y por mucha que sea la ciencia del historiador, por grandes que sean su autoridad y su prestigio, no tiene derecho a ser creído sobre su palabra, y la crítica histórica contemporánea exige que alegue textos y citas en apoyo de sus afirmaciones.

Empezaremos la historia de Valdepeñas años después de quedar tranquilo nuestro término, de las correrías árabes, es decir, la empezaremos el año 1243, desde cuya fecha vemos citado al Comendador de Valdepeñas? De ninguna manera. Las poblaciones no se forman en un día y muchos años antes de nombrarse al Comendador de Valdepeñas, en los archivos de Calatrava, tuvo necesariamente que existir nuestra población. La lápida romana descubierta dentro de Valdepeñas, al finalizar el siglo 16, nos obliga a mencionarla y por tanto a tratar de Valdepeñas en esa época. ¿Y como hablar del pasado de nuestra ciudad, sin citar la estación prehistórica de su término, sitio de la Nava Incosa, importantísimo descubrimiento arqueológico realizado el año 1876? Es decir que al tratar de Valdepeñas debemos traspasar los límites de la Historia, pene-

(1) Bermudez de Pedraza (Francisco).—Historia eclesiástica de Granada y de su arzobispado. Granada. 1639. Folio 1 vuelto.

trar en los tiempos prehistóricos, cuando no eran conocidos los metales, y aun llegar al terreno de la Geología, si hemos de dar cuenta del hueso petrificado hallado en dicha estación prehistórica, hueso que nos lleva a tratar del hombre fósil. Vean los que consideran que la historia de Valdepeñas debe empezar en tiempos relativamente modernos, de donde debe arrancar a juicio nuestro, toda vez que la historia de una población debe comprender también los hechos ciertos realizados en su término municipal.

Para fijar bien la cuestión, habeis de permitirme unas palabras que vienen a confirmar las que con tanta elocuencia nos decía noches pasadas mi excelente amigo el Doctor Caro-Patón, hablando de las pretendidas divisiones de las ciencias. Me refiero a que la Historia, en su acepción más lata, empieza en la Geología, continúa en la Prehistoria, y termina en la Historia propiamente dicha. Y aunque sea difícil señalar los límites de estas ciencias, es lo cierto que la Historia propiamente dicha deja en blanco el primer capítulo de la historia de la humanidad. La Geología trata de la forma y naturaleza de nuestro planeta, sus diversos terrenos, aparición de los seres que lo pueblan, primero aparecieron los vegetales, después los animales de organismo

sencillo, más tarde los animales de organización más complicada y por último apareció el hombre sobre la tierra. Después viene la Prehistoria, que se ocupa del hombre en los primeros tiempos, a los que no alcanza la Historia. Y más tarde, en el orden cronológico, tenemos la Historia propiamente dicha, y es la que verdaderamente estudia a la humanidad.

Tenemos en Valdepeñas la cuestión que ha suscitado grandes controversias entre arqueólogos: la referente al tiempo en que apareció el hombre sobre el planeta que habitamos. Todos reconocieron que el hombre apareció en la época que los geólogos llaman cuaternaria. Posteriores investigaciones científicas hicieron ver que el hombre pudo existir en el periodo llamado terciario (1), es decir que el globo, en aquellos remotísimos tiempos, reunía condiciones para ser habitado por el hombre, faltaba saber si el hombre existió entonces, y la prueba de su existencia sería tropezar con el hombre fósil, es decir hallar huesos humanos petrificados, pues si bien pudiera llegarse al mismo convencimiento sacando del terreno terciario objetos que llevarsen la huella del hombre, estos objetos, trasladados a otro punto

(1) Geología y Prehistoria Ibéricas, por D. Juan Vilanova y D. Juan de Dios de la Rada y Delgado. Pág. 312.

de correr. ¡Tanta luz! Y yo no veía el sol. ¿No es verdad que el sol es el que da la luz?

—Sí, hijo mío.
—Pues no veía el sol.
—Vamos, y ¿qué viste?
—Vi el campo, tan claro como te estoy viendo a tí, y no pude coger ninguna mariposa. ¡Mal haya mi suerte! De pronto ya no había tanta luz, muy poca, y oí un ruido que me asusté mucho.

—¿Qué tonto! Toma un beso.
—Mira, Mamá, ví venir hacia mi una porción de animales tan feos.

—¿Qué cobarde! Un hombrecito ya como tú no debe tener miedo.

—Sí: eran muy feos y asquerosos, y aunque yo no les decía nada fueron a matarme ¡Ay Mamá mía! Entonces un niño grande que yo no había visto, se acercó, se puso delante de mí, y con un sable que relucía mucho me defendió. Toca las palmas, Mamá, y aquellos feos se fueron.

—¿Y después?
—Después, aquel niño, que tenía alas de color de rosa, me dió un beso en la frente y otro sobre el corazón, y me dijo: Yo soy tu Ángel de la Guarda.

—¿Sería hermoso?
—Sí; pero al decirme esto, oí una música, sabes que me gusta la música; miré hacia arriba, al Cielo, y ví que se abría. ¡Qué hermosos eran tantos niños como ví! Con ellos estaba mi hermanita, y se rió al verme, pero estaba tan alta que no pude darla un beso. ¿A que no aciertas donde estaban todos sentados?

—¿Dónde?
—En una nube de muchos colores, y en medio de soles y estrellas una Señora que se parecía a tí. Tú eres hermosa; pero ella es mucho más bonita. Esta noche voy a acostarme más temprano para volver a soñar.

—¿Y qué te dijo?
—Que era hermoso y me quería mucho, que fuese bueno y obediente y me llevaría pronto con ella: luego se cerró el cielo; me quedé solo, me dió tanta pena que me eché a llorar y desperté.

—Vamos, ven y no estés triste. ¿Tú no sabes lo que es ese sueño, verdad? Yo te lo diré. La luz que has visto en ese campo lleno de flores y mariposas, es la luz de la virtud y la inocencia; los animales tan feos y asquero-

Llora el Ángel, llora el mundo.

La sublime Redención
Se ha consumado, ¡Bendito
El Dios de amor infinito
Que nos abre su mansión!

IV

Lirio de místico olor,
Cándida azucena pura,
Cuyo cáliz es dulzura,
Cuyas hojas son amor;
Faro del mar de la vida,
Que alumbras a cada instante
La barca del navegante
Entre las rocas perñida.

Ilumina mi bajel,
Para que nunca naufrage,
Y el negro abismo se trague
Mi eterna dicha con él;

Haz, Virgen, que siempre fijo
Conservé en mi corazón
Recuerdo de la Pasión
Y la muerte de tu Hijo.

Y que tus santos dolores
Purificando mi alma,
Me vuelvan la paz y calma
Que pierden los pecadores.

Antonio Salanca
(De Valdepeñas)

PROSISTAS VALPEÑENSES

¡Bendito eres hijo mío!

—¿En que piensas, hijo mío?
—En un sueño.
—Cuéntamelo, cuenta.
—Oye, Mamá; ví un campo lleno de flores, muchas flores, y con tanta luz que apenas podía mirar: yo corría para coger mariposas y me cansaba, pero eran tan bonitas que no dejaba